

Las compañías que elegimos, propuesta crítica de Wayne C. Booth

Carmiña Navia Velasco
Profesora Titular
Escuela de Estudios Literarios
Universidad del Valle

Mi lenguaje es la suma total de mi mismo
(Ch. S. Pierce)

El profesor norteamericano Wayne Booth, conocido por sus *Retóricas de la Ficción* (1961) y *de la Ironía* (1974), publica en 1988 una obra contundente y significativa, recientemente traducida al español: *Las Compañías que elegimos, Una Ética de la Ficción*.¹ Se trata de una propuesta valiente que se sitúa parcialmente a contrapelo de la crítica dominante en las academias norteamericanas y europeas, en ese momento. El texto se configura inicialmente (en su Introducción) como un alegato, en el que se sustenta la legitimidad de una perspectiva y dimensión ética de la escritura como de la lectura ¿La calidad estética se puede considerar independiente totalmente de la calidad ética?

La propuesta fundamental de la obra la podemos sintetizar. Es no sólo legítimo, sino necesario que los críticos y lectores se pregunten: La lectura de esta obra. ¿me hace bien? ¿Hace bien a cualquier lector? ¿O por el contrario; perjudica a alguien? ¿En qué medida esta obra literaria, o de arte, contribuye o debe contribuir a mejorar al ser humano... y si los valores que maneja y/o propone, no contribuyen a ello, ¿por qué es necesario defender o proponer su lectura?.

El autor es consciente de que su posición puede despertar iras y rechazos entre quienes afirman que la única obligación que tiene un escritor o un artista es escribir bien, o realizar magníficas pinturas o

¹ Wayne G. Booth: *Las Compañías que elegimos. Una Ética de la Ficción*
Edición en español: Fondo de la Cultura Económica de México. México, 2005.

esculturas... Sin embargo, argumenta que constantemente se lee con preguntas de carácter ético o moral, reivindica la legitimidad de estas preguntas y por tanto la legitimidad de todas las posturas críticas que Harold Bloon agrupa bajo el nombre de **Crítica del resentimiento**: la crítica sociológica, feminista, étnica... Afirmo que en todas las épocas la humanidad ha estado bajo el influjo de *las narraciones y los relatos* u otras formas de representación, y que esos relatos la han confrontado siempre con su propia escala de valores.

Como punto de partida, amplía el concepto de ética, intentando resituarlo en sus dimensiones originales y define igualmente la tarea de la crítica ética:

*“Desde la antigua Grecia, hasta el presente, la palabra **ethos** significó algo como carácter o conjunto de características habituales: todo aquello que en una persona o sociedad podría esperarse que persistiera de una situación a otra. Expreso mi ethos, mi carácter a través de mis hábitos de decisión en cada ámbito de mi vida, y una sociedad expresa su ethos a través de lo que elige ser. La crítica ética intenta describir los encuentros del ethos de un narrador con el ethos del lector o el oyente. Los críticos éticos no necesariamente tienen desde el comienzo la intención de valorar, pero sus descripciones siempre acarrearán apreciaciones sobre el valor de lo descrito: los términos éticos neutros no existen, y una crítica ética, plenamente responsable, hará explícitas aquellas apreciaciones que están implícitas siempre que un lector u oyente se refiere a historias relativas a seres humanos en acción.”*²

Después de realizar una Introducción general y polémica al tema en la parte I de la obra, desarrolla, en la parte II los principales presupuestos que son su punto de partida para construir su mirada. Me parece importante señalar que Booth recupera en toda su plenitud al **autor/autora**. En este sentido; ¿se sitúa antes o después de la decretada *muerte de escritor*; asesinado por su obra y las estructuras de sentido construidas en ella? A mi juicio se sitúa después, porque confronta las miradas críticas que prohíben cualquier diálogo con el/la escritor/a.

² Op. Cit., Pág. 20.

Se pregunta por la responsabilidad social y en ocasiones políticas del escritor, centrándose fundamentalmente en las obras de ficción narrativa. A lo largo de su planteamiento cita algunas voces tan diversas como las de: Montaigne, Sastre, Tennessee Williams o Faulkner... su pensamiento puede concretarse en una afirmación: todo autor debe ser fiel a *una cierta verdad, del mundo, de las cosas...* Su obra debe intentar captar, representar, salvaguardar esa verdad, es decir el autor de ficciones tiene un compromiso con la verdad de lo real.

En continuidad con el planteamiento, Booth señala igualmente al otro polo de la obra: el lector y/o lectora. Para nuestro crítico, la obra literaria y artística es fundamentalmente un hecho dialogante, un proceso de comunicación ¿en esta medida se nos arroja una luz, sobre lo que sería *una propuesta ética de la recepción*.

Al haber sacado de *la tumba* al autor, es lógico que se pretenda establecer una relación explícita entre el destinador de la comunicación y su destinatario... Según el planteamiento de la obra, el diálogo que se inicia en el proceso de lectura no acaba en el *formato libro*, o en la reflexión personal sobre los contenidos... por el contrario se trata de un diálogo entre quien propone y quien recibe y por tanto asume o rechaza. Se da por supuesto que la lectura es un acto no banal, sino comprometido, en el que el lector se emplea a fondo.

En este sentido, entonces, se nos plantea:

“Si he de entregarme generosamente, ¿no debo aceptar también la responsabilidad de internarme en un diálogo serio con el autor o autora acerca de la forma en que sus valores coinciden o entran en conflicto con los míos? Desairar el reto, permanecer pasivo ante las pasiones más intensas y las convicciones más profundas del autor, es, sin duda, condescendiente, insultante y, finalmente, irresponsable.”³

El texto que comentamos se cierra con un epílogo titulado **ÉTICA DE LA LECTURA**, en el que el autor plantea que en síntesis se trata de proponer y practicar una lectura crítica, abierta a varias posibilidades de juicios críticos, no cerrada a uno solo. En medio de una gama ideológica,

³ Op. Cit., Pág. 139.

estética, moral... se pide a los lectores y lectoras que establezcan y actualicen sus propios criterios.

Otra de las reflexiones abordadas por Booth se desarrolla en torno al sentido de los modelos del Yo, presentados en la ficción. ¿Cómo se sitúa el yo en medio de los héroes, contra/héroes y propuestas múltiples de los relatos que habitan nuestros universos culturales? En este terreno se remite a Bajtin y a su propuesta de dialogía social, para plantear cómo, más allá de nuestra propia conciencia y/o deseos, somos resultado de múltiples influencias que nos configuran:

*“De acuerdo con la visión dialógica del yo, cada uno de nosotros está constituido a la manera de un contrapunto de **lenguajes** heredados, una multiplicidad de voces de las que únicamente el conjunto puede llamarse con algún significado **el mío**. Incluso quienes insisten en pensarse a sí mismos como individuos son de hecho polifónicos y hasta cierto punto heteroglósicos, experimentando un contraste de voces en lo que podía parecer mezclas incompatibles...”⁴*

Establece igualmente una relación entre el juego de deseos que se pueden despertar en el contacto entre lectores y lectoras, y las diversas propuestas narrativas que habitan el inconsciente cultural de occidente.

En la tercera parte de *Las Compañías que elegimos*, el autor realiza un ensayo de aplicación de sus propuestas centrales como Rabelais y/o Jane Austen. La exposición en la que recoge la polémica suscitada en torno a la obra del primero, ante las acusaciones de sexismo que ha recibido, es realmente un ejemplo admirable de síntesis, pero a la vez de polémica. En la construcción de este discurso Booth muestra claramente los límites de la discusión que su obra realiza: ¿se puede considerar estéticamente admirable algo que ética o políticamente sea incorrecto?

En cualquier caso, se trata de llevar el ejercicio de la crítica más allá de los límites conocidos, abriendo siempre nuevas posibilidades de lectura que rescaten o deseche los textos considerados *inamovibles* en una tradición. Nuestro autor lo recoge con asombrosa honestidad:

⁴ Op. Cit., Pág. 237.

“Siempre sabemos demasiado poco, y los problemas son siempre demasiado complejos para permitir cualquier juicio general de mejor o peor. Pero en los valores particulares, como lo de la injusticia sexista, seguidamente es deshonesto pretender que todas las prácticas ampliamente aceptadas de otro tiempo o lugar están más allá de nuestra crítica”.

“Entonces: por una parte estamos en lo correcto al temer que podamos destruir, con nuestra crítica, algunas ofrendas que no tienen precio. Pero, por la otra, no podemos renunciar, sin disolverlos en una masa sin sentido, a nuestros compromisos cuidadosamente considerados. Nadie debería renunciar a la posibilidad misma de decir: Hasta aquí nomás. Tú, mi presunto amigo, eres gravemente imperfecto.”⁵

En cualquier caso, y a manera de una rápida y ligera conclusión, *Las Compañías que elegimos*, nos recuerda y nos propone dos cosas.

No podemos dejar de lado nuestro código ético a la hora de vivenciar las obras de arte y valorar las obras literarias.

En algunos casos, ese código ético puede entrar en contradicción con la *tradición canónica* y ello no debe impedir que nos planeemos una revisión de esa misma tradición.

⁵ Op. Cit., Pág. 405.